



Iglesia de S.

Martin después
de los temblores

VISTA GENERAL

RAL

Por lo que hace a la vida material, es más sencilla que en las ciudades, también menos complicada y costosa y mucho más sana; las vestimentas del campesino sólo sirven para cubrir sus carnes y abrigarse lo necesario; son elementales y baratas, y si lo halla usted desaliñado, le dice muy fresco: vengo del trabajo.

El ciudadano tiene innumerables exigencias en el vestir, generalmente costosas, y que no pocas veces desequilibran el presupuesto personal, pues ha de seguir la moda y estar al igual de los de su clase y no a su gusto; en las ciudades halla, caro o barato, lo que pueda apetecer. El campesino, en cambio, disfruta de los elementos que cada estación le

trae; aquel tiene diversidad de manjares y apetitosas golosinas, éste tiene la ventaja de que sus alimentos son más frescos y no adulterados, ni tan manoseados, y las frutas más aromáticas y sabrosas que las que el ciudadano consume, que para llegar a él debieron cosecharse poco maduras y pasar por infinitas manos, no siempre limpias; por otro modo, lo que el ciudadano disfruta en cuantía, pues él lo puede, lo disfruta el campesino en calidad. La vida del ciudadano no le pertenece, pues pertenece a la comunidad de que forma parte en su clase. Y su vida, ya sea de mostrador, taller u oficina, amén de las otras obligaciones, devociones o diversiones la pasa constante-

mente alejado del hogar; la educación de sus hijos e hijas la obtiene de sus criados, en primer lugar; después, de profesores u otros extraños, sin perjuicio de lo que aprenden en la calle sin maestro, que suele ser lo peor. La madre, pues señor, la madre tiene que cumplir con sus deberes religiosos, que recibir visitas y pagarlas; debe asimismo concurrir a donde van los de la clase a que pertenece, bodas, bautismos, conferencias, paseos, teatros y lo que usted guste y mande, o sea que más de la mitad del tiempo, cuando no sean las tres cuartas partes o el total, se invierta en cosas que no son criar y educar la familia. Faltame la parte grave: la fatal inclinación a seguir

pretendiendo hacerme sumergir el hocico en el agua; y yo me apartaba desazonado. Alguien propuso, y su racional dictamen fué seguido, que se me dejase allí la artesa, por ser muy probable que hallándome solo y sin luz me atreviese a beber.

No habiendo pesebre en la casa, me echaron la hierba en el suelo, donde la pisé mucho, y aún hice algo peor que pisarla; por lo cual mi cena de aquella noche estuvo muy lejos de ser opípara. A la mañana siguiente muy temprano, vinieron los niños y las criadas a verme, y como notaron que yo había dejado hierba en el suelo, trataban de forzarne a comerla, poniéndome la mano sobre la cabeza y pugnando por hacérmela bajar hasta que mi hocico tocara con el pasto.

—Lo que te sucedió con ese pienso, interrumpió Morgante, sucede con toda la hierba que se les administra a los caballos en las casas de una población. El caballo no prevé que

vá a hacerle falta la hierba que inutiliza con las patas y de esos otros modos que tú has insinuado, ni se aprovecha más que de una pequeña parte de la que le destinan; y por desgracia, no sé si el olor de la hierba ó el empezar a comerla le excita ciertos órganos, con lo que hace en el sitio en que está su alimento, cosas que tal vez no haría en otra parte sino mucho más tarde. Y son pocas las personas, es decir las personas humanas, que saben que, cuando falta pesebre, la hierba debe extenderse por la orilla de una pared, desmenuándola bien; y que a una bestia no hay que echarle de una vez cantidad considerable de pasto.

—Vd. debería añadir, dijo Merengue, que aquellos efectos que Vd. atribuye al olor de la hierba y al hecho de empezar a comerla, los produce también el de entrar en los corredores ó patios de las casas, mayormente aquellos que están esterados.

Morgante no hizo caso de esta im-

perlinencia, é hizo la observación de que, para un caballo campesino, no hay ratos peores que los que pasa en Bogotá. Fuera de que todo lo que ve y lo que oye le es extraño y de que se siente como gallina en corral ajeno, ni el pasto ni el agua que se le da le parecen cosa de comer ni de beber, ni le satisface, ni impide que vuelva trasjado a su potrero.

Merengue terminó su historia, que por cierto fué un poco larga y pesada, refiriéndome que el día que siguió al de su entrada al servicio de los niños Barrantes, había sido colocado en las mismas pesebreras en que mantenían a Morgante; que éste se había reído mucho, por supuesto para adentro, que es como los caballos podemos reírnos, al ver a Merengue y al oír que era del Dr. Barrantes; que había deseado vivamente quedar cerca del mismo Morgante para poderse informar del carácter y condiciones de sus nuevos amos, que tan diferentes eran de los que había tenido en sus

000192